LA ESTRELLA DE OLIMPIA

Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, inspirada en un cuento extranjero, con música del maestro

RAFAEL CALLEJA

Estrenada en el teatro de Apolo, de Madrid, el día 23 de diciembre de 1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
BLANCA DE LACOUR	Sra. Iglesias.
LUISA GRAMOND	Srta. Leonís (R.)
ISOLINA	Sra Sobejano.
SUSANA	Srta. Moréu.
JULIETA	— Nava.
CASTA	— Perales.
LISET	— Cortés (P.)
UNA MOZA	— Carceller.
JUANA	— Abad.
PÍFANO 1.º	— Gavilán (P.)
IDEM 2.º	— Carceller.
ABATE BONFLÁN	Sr. Ortas.
GASTÓN DE LA PEPINIER ...	— S. del Pino.
OLIVERIO DE MEDOC	— Rufart.
ARMANDO DE CHARBLY	— Fischer.
SEÑOR RENARD	— García Valero.
SEÑOR JACOBO GRAMOND ...	— Pitarch.
ROBEROL	— Román.
SARGENTO DE INFANTERÍA BÁVARA	
TAMBOR MAYOR	
CARMENÓ	— Picó.
GENERAL	
PRIPET	— Llayna.
UN MOZO	— Delgado.
CORONEL VON MULLER	— Gorgé.
MAYOR FRIDEN	— Ibarrola.
RAP	— Gutiérrez.

Seis Soldados, Oficiales y Tambores.

La acción, en un pueblo de Francia, durante la invasión de los aliados, en la guerra de 1812.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Interior de un mesón en una pequeña ciudad francesa en el año de 1812. Al foro, una puerta grande de dos hojas, abierta. Da a la calle, en la que nieva copiosamente. En los laterales izquierda, en primer término, puertas de habitaciones, y en el último, un portalón que da a las cuadras. En los laterales derecha, en primer término, una chimenea de campana con leños ardiendo; luego, una puerta practicable, y al fin, el arranque de una escalera que conduce a las habitaciones altas. Dos o tres grandes faroles de aceite, polvorientos y rotos, que estarán encendidos, dan escasa luz a aquel lóbrego local. Mesas de pino, rodeadas de sillas a un lado y otro. A la puerta del foro se ve la parte trasera de una diligencia. El estribo y la portezuela de la diligencia son practicables. Sobre el techo del coche se echarán equipajes. Al empezar y al acabar el cuadro, nieva. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ROBEROL, PRIPET, OLIVERIO DE MEDOC, SUSANA, SEÑOR RENARD, JULIETA, CASTA, LUISA GRAMONT, SEÑOR JACOBO, LISET, un MOZO y una MOZA. Al levantarse el telón, aparecen sentados cerca de la lumbre, en segundo término, LUISA, que cubrirá sus ojos con unas gafas negras, y el SEÑOR JACOBO, su padre. A sus pies, un lío grande de ropa. En una mesa de la izquierda, el SEÑOR RENARD con sus hijas JULIETA y

CASTA. Tienen cerca sombrereras, mantas y bolsas de viaje. LISET, moza del mesón, toma recado del servicio. En otra mesa de la derecha, el BARÓN DE MEDOC y SUSANA, su mujer. Sobre la mesa o en el suelo, pero cerca de ellos, equipaje de mano. PRIPET (zagal) saca por la puerta de la cuadra un caballo con los arreos propios para tiro, y lo conduce a la calle como para engancharlo en la diligencia que se ve a la puerta. ROBEROL, con un farolillo en la mano, está a la entrada del mesón, hablando con un MOZO y una MOZA, que se van. Por la amplia puerta de la calle se ve caer la nieve.

Hablado.

ROBEROL.—*(Se oyen unas cornetas lejanas.)* ¿Oís?..., el toque de queda.

MOZA.—¡Como que dieron ya las nueve!

ROBEROL.—Pues id con Dios y de prisa, que empieza a nevar.

MOZO.—Hasta más ver, señor Roberol. *(Vanse.)*

ROBEROL.—*(A Pripet, que saca el caballo.)* Y tú, Pripet, vivo, vivo... A ver si acabas de una vez de enganchar el coche.

PRIPET.—En un santiamén, mi amo.

ROBEROL.—Y la yegua no la pongas en varas, que en cuanto la enganchas con el «Trabuco», yo no sé qué le pasa que no tira. *(Acercándose a la mesa.)* ¡Vaya una nochecita fría de viaje que van a tener los señores barones!

OLIVERIO.—*(Con tono enfático.)* Glacial.

SUSANA.—*(En el mismo tono.)* Artica.

ROBEROL.—Ya ha empezado a nevar. ¡Menudos copos!

OLIVERIO.—¿Cómo menudos?... Si parecen servilletas de postre...

ROBEROL.—Digo menudos por lo grandes, señor barón.

OLIVERIO.—Hiperbólico estás, amigo Roberol.

ROBEROL.—¿Yo?... *(Aparte.)* ¿Qué será eso? *(Se separa y cuelga su farol en la chimenea.)*

SUSANA.—Oliverio.

OLIVERIO.—Susana.

SUSANA.—El frío me congela y entumece.

OLIVERIO.—Pues quítate el tul y ponte el chal. Y además insistiré en la petición del alimento reparador que he demandado. *(Llamando.)* ¡Roberol!

ROBEROL.—*(Acercándose.)* Señor barón...

OLIVERIO.—Que nos sirvan el tentempié que hemos solicitado rato ha.

ROBEROL.—Raudamente. *(Aparte.)* A mí no me achican. *(Alto, acercándose a la puerta segunda derecha.)* Liset, sirve a los señores barones.

LISET.—*(Dentro.)* En un vuelo.

SEÑOR JACOBO.—*(A Roberol.)* ¿Quiénes son esas dos estantiguas?

ROBEROL.—Los señores barones de Medoc.

SEÑOR JACOBO.—¡Caramba! ¿Ese célebre banquero?...

ROBEROL.—En efecto, tiene una casa de banca formidable. Es un hombre para el que todo son números, cantidades, matemáticas...

SEÑOR JACOBO.—¿Son compañeros de viaje?

ROBEROL.—Sí; van a ir ustedes juntos hasta Poitiers.

LISET.—*(Saliendo segunda derecha con una bandeja, en la que lleva servicios de café y cuanto se indicará.)* Señores barones... *(Reverencia.)*

OLIVERIO.—¡Hola, bella Liset!

LISET.—Aquí tienen vuecelencias el café con leche y las tostadas.

SUSANA.—Reconfortante.

OLIVERIO.—*(Aparte.)* ¡Qué criatura tan mórbida!

LISET.—¿Sirvo?

OLIVERIO.—Ya lo creo...

SUSANA.—*(Acercando la taza.)* Primero a mí.

LISET.—La señora baronesa dirá.

SUSANA.—Mitad y mitad. *(Liset sirve.)*

LISET.—*(Al barón.)* ¿Y vuecencia?

OLIVERIO.—Veinticinco por ciento café, setenta y cinco, leche.

SEÑOR JACOBO.—*(Aparte.)* ¡Hasta tomando café se le conoce que es financiero!

SUSANA.—Oliverio.

OLIVERIO.—Susana.

SUSANA.—¿Tienes ahí la manteca?

OLIVERIO.—La tengo.

SUSANA.—Superpónmela. *(Le da una tostada.)*

LISET.—¿Cuántas cucharadas de azúcar?

SUSANA.—Dos.

OLIVERIO.—Dos cincuenta.

SUSANA.—¿Sabes, Liset, que te estás haciendo una mujerona hermosísima?

LISET.—¡Por Dios, señora baronesa!...

SUSANA.—¿No coincides, Oliverio?

OLIVERIO.—Coincido y corroboro. *(Bebe.)* Evidentemente, está tan llenita, que por doquiera se la mire, superávit. *(Liset se retira riendo.)*

SUSANA.—¿Te sirvo yo? *(Empuñando la cafetera.)*

OLIVERIO.—No, deja...; todavía queda en la taza algún líquido a mi favor. *(Bebe.)*

ROBEROL.—*(A Luisa.)* Y tú, ¿cómo te encuentras de tu enfermedad, Luisita?

LUISA.—Lo mismo, señor Roberol. Deseando llegar a Poitiers para que me vea el doctor.

ROBEROL.—¿Tienes fe en él?

LUISA.—Me ha prometido devolverme la vista, que en este caso es devolverme el bien, la felicidad, el amor..., ¡todo!

ROBEROL.—¡La verdad es que tu accidente fué terrible!

SEÑOR JACOBO.—Ya ve usté: quedarse ciega pocos días antes de celebrar su boda y tener que suspenderla. Un gran dolor, señor Roberol.

LUISA.—Pero no te aflijas, padre. Pronto renacerá la alegría.

ROBEROL.—Cosa tremenda debe de ser la ceguera.

LUISA.—No puede ponderarse.

ROBEROL.—Y cuando se deja de ver, ¿qué es lo que más gana se tiene de volver a ver?

LUISA.—Pues el cielo, el campo, el mar, las personas queridas... Todo lo que se ama.

ROBEROL.—¿Quieren ustedes que pasemos a la cocina para que tome Luisita algo de alimento?

SEÑOR JACOBO.—Se agradece, señor Roberol.

(Vanse los tres segunda derecha. Roberol vuelve a poco rato.)

SEÑOR RENARD.—¿Habéis pedido el café?

JULIETA.—Ya nos lo traen.

SEÑOR RENARD.—¿Eh?...

JULIETA.—*(Más fuerte.)* Que ya nos lo traen.

CASTA.—¡Qué sordera! Hoy tiene un día fatal.

SEÑOR RENARD.—Aquellos señores, ¿son compañeros de viaje?

CASTA.—Sí.

SEÑOR RENARD.—¿Qué os parece la señora?

CASTA.—Una cur...

JULIETA.—*(Conteniéndola.)* ¡Por Dios, que te va a oír!

SEÑOR RENARD.—¿Qué?

CASTA.—Ya te lo escribiremos.

ESCENA II

DICHOS, ISOLINA, GASTÓN DE LA PEPINIER, NARCISO. Sale del foro GASTÓN, con mantas y maletas.

ISOLINA.—*(Abrazándole llorosa.)* ¡Sobrino de mi alma!

NARCISO.—¡Tía de mi vida!

GASTÓN.—*(Detrás, con el equipaje.)* ¡Vamos, por Dios, Isolina!... ¡Por Dios, Narciso!... ¡No os pongáis así!

ISOLINA.—¡Ocho días sin vernos!

GASTÓN.—*(Dejando el equipaje.)* Y salvo vuestra opinión, yo creo, querido Narciso, que debías marcharte para evitar a tu tía el dolor de la partida.

ISOLINA.—*(Abrazándole más fuertemente.)* ¿Cómo irse?... No. No intentes separarlo de mi lado hasta que el coche arranque. *(A Narciso, llorando.)* Y si acaso me pasara algo y no nos volviéramos a ver, acuérdate de mí.

NARCISO.—¡Tía, por Dios!...

GASTÓN.—¿Pero qué tonterías estás diciendo, Isolina?

ISOLINA.—No son tonterías, Gastón. En esta época de guerra todos los viajes son peligrosísimos. La Francia está invadida de enemigos: llena de ingleses, de rusos, de bávaros, de prusianos. Y precisamente la región de Poitiers, adonde nos dirigimos, fué atacada ayer por el ejército del príncipe Federico.

NARCISO.—Y si a mi tía la cogieran los rusos y se la llevaran, no quiero pensar lo que harían con ella.

GASTÓN.—¿Pero qué iban a hacer con ella? Primero, que a ésta no hay quien la coja; segundo, que si la cogen, no se la llevan, y tercero, que si se la llevan, la devuelven. ¡Lo sabré yo, que se me ha perdido tres veces, y sin anunciarla, ahí la tienes! *(Isolina y Narciso se sientan cogidos de la mano junto a la mesa segunda derecha.)* No tardará el coche en salir, ¿verdad, querido Roberol?

ROBEROL.—En cuanto lleguen los pocos viajeros que faltan doy la salida.

GASTÓN.—*(Señalando a los barones.)* ¿Aquellos señores son compañeros de viaje?

ROBEROL.—Sí, señor. Los señores barones de Medoc.

GASTÓN.—¡Hombre, pero el señor barón!... No había reparado. *(Se acerca y saluda.)* Señor barón...

OLIVERIO.—*(Levantándose.)* ¡Oh, pero usted!... Mi querido Lapepinier... ¿Usted por acá?

GASTÓN.—Señora baronesa..., rendido a sus pies.

SUSANA.—Caballero...

OLIVERIO.—*(Presentándole.)* Gastón de Lapepinier, cuenta corriente de nuestra casa y uno de los más afamados corredores de vinos de la Borgoña.

SUSANA.—¡Conque corredor!...

GASTÓN.—*(Reverencia.)* Rendido a sus pies, señora baronesa. *(En la mesa del Señor Renard, Liset acaba de servirles el café con panecillos y vuelve a hacer mutis.)*

SEÑOR RENARD.—*(A Julieta.)* ¿Tú quieres café?

JULIETA.—Sí, pon.

SEÑOR RENARD.—¿Eh?

JULIETA.—Pon. *(Presentando la taza.)*
SEÑOR RENARD.—¿Y tú qué quieres? *(A Casta.)*
CASTA.—Pan.
SEÑOR RENARD.—¿Cómo?
CASTA.—Pan.
JULIETA.—Pon...
GASTÓN.—*(Acercándose.)* ¡Pero qué es eso, niñas! ¿Estáis bombardeando a papá?
CASTA.—Calle usté, por Dios, si es que hoy está terrible.
GASTÓN.—¡Mi querido señor Renard!
SEÑOR RENARD.—Amigo Lapepinier, ¿qué tal?
GASTÓN.—Muy bien, gracias. A las niñas ya las veo tan monas.
SEÑOR RENARD.—¿Eh?
GASTÓN.—Que ya las veo tan monas.
SEÑOR RENARD.—¿Eh?
JULIETA.—Que ya nos ve tan monas.
SEÑOR RENARD.—No oigo.
GASTÓN.—Dibujárselo, hombre, haced el favor.
CASTA.—Tiene un día fatal.
GASTÓN.—Está para contarle un cuento picante. ¿Y qué, a Poitiers a ver a mamá, eh?
JULIETA.—Sí, señor.
GASTÓN.—¿Y cómo marcha la sombrerería?
CASTA.—Pues ahora, con la guerra, poco trabajo.
GASTÓN.—¿Y de amoríos, cómo andamos? ¿Tenéis muchos novios?
CASTA.—Lo menos que se puede: dos.
GASTÓN.—¿Cada una?
JULIETA.—*(Riendo.)* ¡Jesús!... ¡Qué señor Lapepinier!
CASTA.—*(Riendo también.)* ¡Qué malévolo! *(Ríen y bromean.)*
GASTÓN.—Bueno, esto último que os estoy diciendo no dibujárselo a papá, ¿eh?

ESCENA III

DICHOS, el ABATE BONFLÁN y ARMANDO DE CHABLY, por el foro.

ABATE.—*(Asomando por la puerta del mesón con un paraguas colorado abierto, lleno de nieve.)* Los dones del cielo sean derramados prolíficamente sobre el rebaño...

GASTÓN.—*(Haciéndole una reverencia.)* Servidor de usted.

ABATE.—*(Contesta levemente a la reverencia y continúa.)* Sobre el rebaño cristiano que aquí se cobija. En el nombre del Padre, del Hijo... *(Aparece Armando.)*, pasa, hijo, y del Espíritu Santo.

GASTÓN.—El favor del Cielo le acompañe.

ABATE.—Gracias por el favor. Pasa, Armandito, pasa.

ARMANDO.—*(Que es un jovenzuelo como de diecisiete años, entra cargado con el equipaje que se enumera.)* Bendito y alabado sea por siempre... por los siglos de los siglos.

OLIVERIO.—Susana, mira qué fortuna, el señor abate Bonflán.

ABATE.—Señor barón, señora baronesa... *(La Baronesa le besa la mano. A Armando.)* Deja el saco, hijo mío, deja la sombrerera, deja la maleta, deja la manta, deja el neceser... Venimos cargadísimos.

GASTÓN.—Ya, ya...

ABATE.—¡Oh, qué noche más perra!... *(Otra reverencia.)* Señora baronesa...

OLIVERIO.—¿Y éste es el hijo del señor conde de Chably?

ABATE.—En efecto; éste es el hijo del señor conde. Hace dos años que estoy a su servicio.

GASTÓN.—¿Usted a su servicio?...

ABATE.—A su completo servicio. Tráeme aquella silla, Armando. *(Armando la trae.)* Usted lo dice porque, claro, así, a primera vista no parece;

pero... ¡ay, amigo mío!, es que le estoy educando en los sanos principios de la humildad. Yo lo hago para que al llegar al término de su vida terrena pueda ir al cielo y no necesite...

GASTÓN.—Que le lleve nadie el equipaje, ya, ya... ¡Muy bien, muy bien!

SUSANA.—Es muy simpático el pollo.

ABATE.—Un poco vergonzoso. Acércate, Armandito, que te vean estos señores.

ARMANDO.—Servidor. Tengo sed. *(Va a beber de un jarro que hay sobre la mesa.)*

ABATE.—*(Cogiéndole el jarro.)* ¡Por Dios, hijo mío, no bebas, no te vaya a hacer daño, que tú no tienes costumbre!: es agua.

ARMANDO.—*(Con repugnancia.)* ¿Agua?...

ABATE.—Espera... Mi buen Roberol... Una botella de borgoña.

GASTÓN.—¿Le está usted educando?

ABATE.—Servidor.

OLIVERIO.—¿Y marchan ustedes a Poitiers?

ABATE.—A Poitiers, a recluirnos en un convento de doctrinos hasta el término de la guerra. El libertinaje que desencadena sobre los pueblos la soldadesca invasora podría corromper esta alma virgen, inocente, impoluta..., y el señor conde quiere que se conserve en el mayor grado de impolutez. *(Ofreciendo la tabaquera.)* ¿Un polvito?

OLIVERIO.—Se agradece.

ROBEROL.—*(Acercándose con el servicio.)* El borgoña, señor abate. *(Se sientan el Barón, la Baronesa y el Abate. Sale Liset a retirar el servicio de los Renard.)*

GASTÓN.—*(Aparte, a Armando.)* Y usted, la verdad, ¿va con muchos deseos de recluirse, joven impoluto?

ARMANDO.—«Com sí, com sa». *(Con malicia y reserva.)* Y a propósito, caballero. ¿Me haría usted el favor de decirme quién es aquella joven rubia, gordita, tan simpática?

GASTÓN.—La moza del mesón.

ARMANDO.—¡Está fresca!

GASTÓN.—«Com sí, com sa».

ARMANDO.—¿Y aquellas dos jovencitas tan lindas?

GASTÓN.—Son hijas del señor Renard. Un sordo que tiene una tienda de sombreros en la rue Lacroix.

ARMANDO.—¡Están frescas!

GASTÓN.—Sí...

ARMANDO.—¿Y aquella señora tan apasionada que habla con aquel joven?

GASTÓN.—Mi mujer. Estoy fresco. *(Se aleja de mal talante.)*

ARMANDO.—Escarchado... *(Riendo.)* ¡Pobre señor! *(Acercándose, y aparte.)* Señor abate...

ABATE.—Hijo mío.

ARMANDO.—¡Qué alegría!

ABATE.—¿Pues?...

ARMANDO.—Vamos a viajar con dos sombrereras.

ABATE.—¡Cómo!...

ARMANDO.—Sí...; con aquellas dos jóvenes tan lindas, que son sombrereras.

ABATE.—*(Mirando con los impertinentes.)* ¡Qué lástima! ¡Dos sombrereras para un viaje tan corto!

ARMANDO.—Creo que el padre es sordo; voy a ver.

ABATE.—Será sordo, pero no parece manco. Ten cuidado. *(Armando se acerca a los Renard, les besa la mano y entabla conversación.)* Otra copita, señor barón. Y usted, mi señor Lapepinier, ¿no gusta?

GASTÓN.—Sea, por nuestro buen viaje. *(Bebe.)*

OLIVERIO.—Sea. *(Beben y hablan en voz baja.)*

CASTA.—*(A Armando.)* ¿Pero usted cree que hay peligro en este viaje?

ARMANDO.—Ya lo creo.

JULIETA.—¡Ay, por Dios, no nos lo diga usted!

ARMANDO.—¡Oh, señorita, podríamos tropezarnos con los ingleses o con los bávaros!

CASTA.—¡Ay Jesús, qué horror; yo en poder de un bávaro!

ARMANDO.—¡Creo que hacen unas atrocidades con las mujeres!

JULIETA.—¡Dios mío!

CASTA.—¿Pero tanto atropello cometen?

ARMANDO.—Que les diga a ustedes el señor abate. ¿Verdad, señor abate, que los bávaros, cuando cogen una mujer, ya no la sueltan?

TODAS LAS SEÑORAS.—*(Acercándose.)* ¡No las sueltan!

ABATE.—Son brutales; las tratan con ensañamiento, con crueldad... ¡Están cometiendo unos horrores!...

TODOS.—¿Cuáles? ¿Cuáles?

Música.

ABATE.

Diez soldados desharrapados en Neuilly
entraron en un convento
de monjitas una vez,
lo que pasó allí
no queráis saber,
porque el miedo es en las monjas frenesí.
Los soldados, en su execrable indignidad
a las pobres hermanitas
arrollaron y vejaron sin piedad,
y tembló de horror
la comunidad.
Mas desde el crimen
de aquellos pillos,
hay en la iglesia
diez monaguillos.

TODOS.

¡Señor abate,
qué disparate!
¡Cuántos chiquillos!
¡Ay!

ABATE.—*(Implorando.)*

¡Señor, no confiéis
una mujer jamás
al bávaro invasor;

ponedlas todas junto a mí,
que yo seré su defensor!

TODOS.

¡Señor, no confiéis
una mujer jamás
al bávaro invasor;
ponedlas todas junto a él,
y así habrá paz en el Señor!

ABATE.

Ocho damas se apoderaron de un dragón;
y con maña y con astucia
lo llevaron a Lyón
y a tormento cruel
al soldado aquel
sometieron en su santa indignación.
Y las damas en su furioso frenesí
destrozaron los vestidos
de aquel pobre prisionero en forma tal,
que no quedó de él
ni un solo retal;
y ni a sus jefes
después del fiasco
les devolvieron
siquiera el casco.

TODOS.

¡Señor abate,
qué disparate!
¡Menudo chasco!
¡Ay!

ABATE.

Señor, no confiéis,
etc., etc.

Hablado.

CASTA.—Bueno, bueno; pero ¿cuándo parte la diligencia? ¿A qué este retraso?

SUSANA.—Pero con los horrores que acaban ustedes de oír, ¿no temen...?

CASTA.—Señora, si hay peligro, cuanto antes lo pasemos, mejor.

OLIVERIO.—Bueno, mi buen Roberol, partiremos pronto, ¿eh?

ROBEROL.—Sólo unos minutos, señor barón.

ABATE.—Que, ¿no estamos todos?

ROBEROL.—No, señor; falta una viajera que ya no tardará.

TODOS.—*(Con interés.)* ¿Una viajera?

ROBEROL.—Sí, una viajera. Por cierto que no me había acordado de manifestarlo a las señoras y a los señores..., porque..., vamos, se trata de una persona que...

OLIVERIO.—¿Pero de qué persona se trata?... Porque ha picado usted nuestra curiosidad.

ROBEROL.—Es que es así... una viajera..., vamos, yo no sé cómo decirlo...

SUSANA.—¿Pero a qué tanto circunloquio? Nos está usted alarmando.

ROBEROL.—Yo lo siento mucho, pero no lo he podido evitar...

ABATE.—¿Pero quiere usted decir de una vez de qué viajera se trata?

ROBEROL.—Pues... se trata... de esa señorita..., de esa célebre bailarina que se llama Blanca de Lacour, más conocida en la ciudad por «La Estrella de Olimpia».

SEÑORAS.—¡Jesús!

ISOLINA.—*(Se levanta como una fiera del lado de su sobrino.)* ¡Una vil cortesana, un monstruo de liviandad sentarse a mi lado!

SUSANA.—¡Codearse conmigo una mujer cuya fama escandalosa llena la ciudad!... ¡Nunca!

OLIVERIO.—¡Una joven autora del ochenta y cinco por ciento de los escándalos que se dan en la comarca!

ABATE.—¿El ochenta y cinco por ciento?...

OLIVERIO.—Salvo error u omisión, sí, señor. Vámonos, Susana, vámonos.

ABATE.—Una joven equívoca «tête-à-tête» con... ¡Armando, coge el equipaje!

JULIETA.—*(A gritos.)* A casa, papá.

SEÑOR RENARD.—¿Qué sucede?

CASTA.—Ya te lo dibujaremos. *(Empiezan todos a recoger su equipaje.)*

ROBEROL.—¡Pero, señores, por Dios!

GASTÓN.—*(Indignado.)* ¿Pero cree usted, señor Roberol, que una señora como la mía, honrada y decente, puede viajar con una joven que se ha comido cinco fortunas?...

ABATE.—*(A Armando.)* Vámonos, que dicen que se ha comido cinco...

JULIETA.—¡Doce hombres llevaba al retortero el año pasado!

ABATE.—¡Anda, que dicen que doce!

CASTA.—Así está una, que no encuentra un novio ni con recomendación. ¡A casa..., a casa!...

ROBEROL.—¡Pero, señores, por Dios! ¿Qué iba yo a hacer?

ABATE.—¿Qué iba yo a hacer?... ¿Qué iba yo a hacer?... Y por mí no me importaría, pero ¿cómo expongo un alma impoluta al roce deletéreo de...? Armandito tráete la sombrerera... *(Armando en este momento está abrazando a Julieta y se acerca con ella.)* La otra, la otra...

ROBEROL.—Señores, la diligencia es un servicio público y yo no he podido evitar...

SUSANA.—Sea como sea, no viajamos con esa individua.

ISOLINA.—O ella o nosotros; elija usted.

TODOS.—Eso, eso es.

OLIVERIO.—*(Presentándolos.)* Aquí están nuestros billetes.

LOS DEMÁS.—Y los nuestros.

ROBEROL.—¡Por Dios, señoras; por Dios, señores, un poco de prudencia, que ya está aquí!

ESCENA IV

DICHOS, BLANCA y JUANA, su doncella, con el equipaje y una cesta de viandas grande, por el foro. Al final, LUISA y SEÑOR JACOBO; después, CARMENÓ, por la segunda izquierda.

Música.

BLANCA.
¡Caballeros y señoras!
No es muy correcto venir a estas horas,
y aunque fué sin intención,
por el retraso les pido perdón.

TODOS.—*(Desde su sitio, volviendo la espalda con desprecio.)*
¡Por supuesto,
no contesto!

BLANCA.
Al llegar el momento
de la partida
me distraigo y el orden olvido,
porque lo he aborrecido
toda mi vida.
Siempre es lo inesperado
lo que me agrada,
y me gusta la gente
desordenada.
(Los caballeros van acercándose poco a poco, y en este momento ellas los obligan a apartarse.)
Tra-lará-lará-lará,
no hay que tener formalidad,
que son los niños y los locos
los que dicen la verdad.
Sano y alegre el corazón
verá las horas

que arrolladoras
corriendo pasan
y nunca sabrá cuántas son.

TODOS.
No se puede comprender
que a alguien agrade su modo de ser.
Rabia y coraje
da hacer el viaje
con semejante mujer.

BLANCA.
Pienso hacerles muy grata
mi compañía,
y verán que es verdad lo que digo,
porque siempre conmigo
va la alegría.
Que es la vida cadena
que sólo aguantan
los que mientras les dura
ríen y cantan.
(Juego idéntico al anterior. El Abate da un paraguazo a su discípulo.)
Tra-lará-lará-lará,
no hay que tener formalidad,
etc., etc.
Caballeros y señoras,
no es muy correcto venir a estas horas,
y aunque fué sin intención,
por el retraso les pido perdón.

TODOS.
Que es la vida un torbellino
y el desorden { mi / su } ilusión.

Hablado.

BLANCA.—Y encantadísima de viajar con personas tan simpáticas y amables. ¡Usted, señor abate, siempre tan jovial, tan rubicundo, tan ameno!...

¡Un día quise confesarme con usted, pero son ustedes hombres tan ocupados y mi confesión hubiese sido tan larga, que no me atreví!... *(A Gastón.)* ¡Señor mío!... *(Por Armando.)* Y este pollo...

ABATE.—El pollo no es de usted.

BLANCA.—Juana, mi querida Juana, que coloquen en el coche mi equipaje y mi cesta de provisiones. Gran cestita, ¿eh?... No he venido descuidada, señor abate. Claro, provisiones para los dos días de viaje. No me gusta comer ni en mesones ni en paradores. Usted, que es buen diente..., buen diente postizo, claro; pero, en fin, buen diente, me acompañará, ¿no?... Y tú, retírate ya; hasta la vista. Da un beso a mi perro, una caricia al loro, un pellizco a la gatita... ¡Animales!... Ya lo ve usted, padre... *(Juana vase por donde vino.)*

ABATE.—La ha tomado conmigo. *(Sacando la tabaquera para tomar rapé.)* ¿Pero por qué no se dirige usted a un seglar, señorita?

BLANCA.—*(Con mimo.)* Porque no quiero. ¡Ah, mi buen padre, ya lo ve usted, animales; no tengo otra cosa en el mundo! ¡Todo mi amor repartido entre animales! ¡Con permiso!... *(Va a tomar rapé y el Abate cierra indignado la tabaquera.)* ¡Ay, me ha cogido usted el dedito!... *(A Gastón, que está cerca.)* Mire usted qué daño. *(Le pone el dedo ante sus ojos.)*

GASTÓN.—*(Apartándole la mano con cómica indignación.)* ¡Quite usted de ahí!

BLANCA.—Conque, querido Roberol, señoras, señores, perdón por el retraso y al coche, que ya es la hora. Vamos. *(No se mueve nadie.)* ¿Vamos?... *(Silencio.)* ¡Ah! ¿pero no vamos?... *(A Roberol.)* ¿Pero estos señores no iban de viaje? *(Salen Luisa y Señor Jacobo por segunda derecha.)*

ROBEROL.—Iban, pero no van.

BLANCA.—¿Y por qué no van?

ROBEROL.—Señorita, yo no sé cómo decirla... Han devuelto sus billetes...

BLANCA.—¡Ah!... Basta. ¡Ya adivino!... ¿Soy yo sin duda el obstáculo?... *(Silencio.)* Ese silencio es una grave ofensa a la que, claro, una pobre mu-

chacha despreciada y sola no puede responder. ¿Rehusan ustedes mi compañía?... Me resignaré. ¿A ustedes, señoras, las inspiro desprecio?... ¡Mal hecho! Tal vez el ejemplo de su virtud me sería provechoso. Pero, en fin, no quiero molestarles con mi charla impertinente. Yo, sola o acompañada, voy a Poitiers. Tengo allí una viejecita que espera mis brazos y mis auxilios. Dios, que es mejor que ustedes, no niega a nadie el derecho de hacer el bien. Ni a los buenos ni a los malos. ¡A Poitiers! Roberol, voy a ocupar mi asiento. A la hora reglamentaria que parta el coche.

LUISA.—*(Acompañada de su padre.)* Nosotros vamos con usted, señorita.

BLANCA.—¿A ti no te importa venir conmigo?

LUISA.—¿Por qué ha de importarme?

BLANCA.—Tú no me conoces, pobre cieguecita, no me ves.

LUISA.—No la veo, pero la oigo. Usted es un alma buena.

BLANCA.—¡Quién sabe!... Vamos, vamos... Señoras, señores... *(Hace dos reverencias y sale con Luisa y el Señor Jacobo, subiendo al coche.)*

ABATE.—*(Aparte.)* Me ha conmovido.

OLIVERIO.—*(Idem.)* ¡Qué lástima!

GASTÓN.—*(Alto.)* ¿Qué hacemos?

LAS MUJERES.—No transigimos.

OLIVERIO.—Susana, creo que exageramos.

GASTÓN.—Y además, que una vez tomados los billetes...

ABATE.—¡Un recurso!... ¡Se me ha ocurrido un recurso!

TODOS.—¿Cuál?

ABATE.—Para que las señoras desechen todo escrúpulo de contacto, donde ella se siente, nos sentamos los hombres y la rodeamos... ¿Eh, qué tal?

GASTÓN.—La cercamos.

OLIVERIO.—Un pequeño bloqueo. Muy bien, muy bien.

GASTÓN.—*(Aparte.)* ¡Dios mío, que me toque enfrente y que volquemos!

SUSANA.—¡Pero tener que transigir!...

ISOLINA.—¡Yo cerca de tal mujer!...

ABATE.—Señora, van ustedes autorizadas por un sacerdote.

ROBEROL.—*(Avanzando y con energía.)* Señores, decídanse, o doy la salida.

ABATE.—Vamos, vamos... *(A Gastón.)* Usted a la izquierda, yo enfrente...

GASTÓN.—*(Aparte.)* ¡Se le ha ocurrido lo que a mí!

ARMANDO.—Y yo, ¿dónde?

ABATE.—Tú cógete la sombrerera y calla. *(Recogen los equipajes y van hacia el coche subiendo en él. El Abate queda abonando a Liset, que sale, lo que le han servido.)*

ROBEROL.—Vamos, Carmenó.

CARMENÓ.—*(Mayoral, con látigo. Saliendo.)* Vamos allá.

ROBEROL.—*(Bajo.)* ¿Metisteis eso?

CARMENÓ.—Va debajo de los asientos. Si nos detienen los enemigos nos fusilan.

ROBEROL.—Algo hay que hacer por la salud de la Francia.

CARMENÓ.—Yo voy resuelto. Lo sentiría por estas pobres gentes. *(Vase al coche.)*

ROBEROL.—*(A Isolina.)* Vamos, señora.

ISOLINA.—*(Desprendiéndose de los brazos de Narciso.)* ¡Adiós, Narciso de mi vida!

NARCISO.—¡Adiós, tía de mi alma! *(Se separan.)*

ABATE.—*(Dirigiéndose al coche, al pasar, a Narciso.)* ¡Adiós, pollo! Qué tía se nos marcha, ¿eh? *(Sube al coche.)*

ROBEROL.—Arranca, Carmenó. *(Parte el coche. Ruido de cascabeles, trallazos, voces del mayoral.)*

NARCISO.—¡Adiós, tía, adiós!... ¡Adiós!... *(Agita el pañuelo. Telón de cuadro. Música en la orquesta.)*

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Paisaje nevado. Amanece. Entre la difusa luz de la bruma crepuscular se ve detenida y medio volcada la diligencia, en el recodo de un camino. En primer término, y como guarecidos debajo de unos árboles, estarán algunos viajeros sentados encima de baúles y maletas, alrededor de una hoguera que han encendido con troncos y ramas. Varios envueltos en mantas. Las señoras, con chales y mantones. Otros pasean para calentarse los pies. Todos tiritan y bostezan.

ESCENA PRIMERA

SUSANA, ISOLINA, CASTA, JULIETA, ABATE, GASTÓN, OLIVERIO, ARMANDO y SEÑOR RENARD.

SUSANA.—*(A Gastón.)* ¡Arrime usted otro leño, señor Lapepinier!... ¡Me muero de frío!...

GASTÓN.—¡No tengo ni fuerzas para darle a usted leña, señora baronesa!

ABATE.—¡Realmente lo que nos ha ocurrido es espantoso! ¡Rompérsenos la rueda de la diligencia dos horas antes de llegar a Poitiers!

ARMANDO.—¡Naturalmente, toda la noche caminando sobre la nieve!

SUSANA.—A mí me torturan el frío y la inanición.

OLIVERIO.—Sobre todo la inanición.

ABATE.—¡No haber podido tomar ni un mal bocado desde que salimos del pueblo!

GASTÓN.—¡Claro, llegamos a Granville a las diez y media pensando que allí podríamos cenar como siempre; pero, quia..., los rusos se habían llevado de la ciudad todas las provisiones de boca!

OLIVERIO.—Llegamos a la una y media a Perigord y los ingleses no habían dejado ni migaja de pan ni gota de vino.

GASTÓN.—¡Y aquí estamos entre la nieve, en pleno campo, a la merced de Dios, muertos de frío, de sueño y de hambre!

ABATE.—¡Sobre todo el hambre! ¡Esto es lo que más me mortifica!

TODOS.—¡Y a mí! *(Algunos bostezan.)*

SUSANA.—Yo siento un desfallecimiento... ¡Tengo el estómago como vacío!

ISOLINA.—Yo no puedo más... ¡La debilidad me tortura!

CASTA.—¡Y si al menos hubiese esperanza de algo con qué reparar las fuerzas que se agotan!... ¡Pero no hay!

ABATE.—¡Hay!... *(Mirando a unos y otros.)* ¡Hay!

OLIVERIO.—¿Se pone usted malo?

ABATE.—No, no... Es que afirmo. Es que digo que hay... ¡Que hay con qué reparar las fuerzas!

TODOS.—*(Acercándose con avidez.)* ¿Hay?

ABATE.—¡Hay!

GASTÓN.—¿Dónde?

ABATE.—En la cesta de la señorita Blanca de Lacour.

LAS SEÑORAS.—*(Con asco y desprecio.)* ¡Baaah!...

ISOLINA.—¡Prefiero el hambre!

JULIETA.—¡Y nosotras, la muerte!

SUSANA.—¡Y yo, la inanición!

ABATE.—Señoras, no tienten ustedes a la Divina Providencia, que nadie puede decir: «De esta cesta no comeré.»

SUSANA.—¿Que no?...

ABATE.—*(Enérgicamente.)* ¡No, señora! *(Atrayéndolos a todos y en tono trágico y misterioso.)* Oiganme ustedes... ¡Yo..., yo mismo, a pesar de mi carácter sacerdotal, he estado a punto de cometer un horrible pecado!...

GASTÓN.—¡Señor Abate!...

ABATE.—¡Sí; esta noche, cuando el hambre me aguijoneaba con sus punzadas terribles, como las provisiones de esa señorita iban debajo de mi asiento, y me subía a las narices el tufillo embriagador de manjares exquisitos, no pude vencer los

impulsos brutales de la flaca natura, y angustiado, jadeante, muerto de horror por la mala acción que iba a cometer, levanté poco a poco una de las tapas de la cesta, cogí un paquete, lo extraje, lo tanteé..., era una lengua a la escarlata!

TODOS.—¡Una lengua!...

ABATE.—Yo luchaba; de un lado la mala acción, de otro la debilidad...; de un lado, el delito..., de otro, las torturas del hambre...; y a todo esto, tembloroso, lívido, con la lengua fuera, no sabía qué hacer hasta que por fin dije: «¡Dios mío, perdóname!» Y cuando ya me iba a meter la lengua en el bolsillo, ¡plun!, una caja que iba colgada en el techo, cayó sobre mi cabeza y solté el paquete. ¡Dios me había castigado por la lengua!

TODOS.—¡Qué horror!

GASTÓN.—Que es por lo que nos castiga a nosotros.

SUSANA.—¿A nosotros?

GASTÓN.—¡A ustedes sobre todo, sí! Porque si no hubieran ustedes despreciado a esa señorita tan exageradamente, hubiésemos podido participar de sus provisiones.

ABATE.—¡De sus provisiones!... Es decir, de jamón en dulce, de lengua, de pechuga rellena, de merluza frita, de pasteles, de...

OLIVERIO.—No nos haga el «menú», señor abate.

SUSANA.—¡Qué hombres! ¿Pero serían ustedes capaces de transigir por un mendrugo con una mujer liviana?...

ABATE.—Señora, la liviandad no llega al jamón en dulce. Consúltese la Teología.

OLIVERIO.—Pero, claro, ustedes la han vuelto la espalda, la han mortificado con burlas crueles...

GASTÓN.—Y naturalmente, ¿quién es ahora el guapo que la saca la lengua... ni el jamón?

ABATE.—¡Callarse!... Ella viene. Y precisamente con la cesta.

TODOS.—¡Con la cesta!

SUSANA.—¿Tendrá la insolencia de comer delante de nosotras?

CASTA.—No se lo consentiríamos.

ISOLINA.—¡Comer ella sola!

ABATE.—No come sola; eso, que se le quite de la cabeza.

JULIETA.—¡Nos quiere insultar con sus viandas!

ISOLINA.—Confundámosla con nuestro desprecio, *(Vuelven alrededor del fuego.)*

ABATE.—Silencio. Prudencia.

ESCENA II

DICHOS, BLANCA, LUISA y SEÑOR JACOBO, por la derecha.

BLANCA.—*(Saliendo delante con su cesta.)* Aquí, vengan ustedes aquí. Algún calorcillo nos llegará de la lumbre que encendieron estos señores.

SUSANA.—*(Aparte.)* ¡Si pudiera apagarla!...

BLANCA.—Señor Gramont, tienda usted la servilleta sobre este tronco y saque usted las viandas. *(El Señor Gramont lo hace.)* Y tú, Luisita, hasta que ocurrió el accidente has venido muy tranquila durmiendo. *(Avanza con ella a primer término.)*

LUISA.—La alegría que usted me dió con sus palabras y con su afecto. ¿De veras me protegerá usted, señorita Blanca?

BLANCA.—¡Ya lo creo! Le hablaré en Poitiers a tu médico, que es gran amigo mío, para que te cure con interés. Y luego, cuando recobres la vista y te cases, te haré un regalo espléndido. Ya verás. E iré a tu boda vestida de lugareña, como vosotras, y bailaré vuestros bailes aldeanos y cantaré vuestras canciones campesinas...

LUISA.—¡Qué buena es usted!

BLANCA.—*(Conmovida.)* Buenos, vosotros, que me daréis el espectáculo de un amor grande honrado y puro. ¡Lo mejor de la vida!

LUISA.—*(Le toca las mejillas.)* Pero qué, ¿es una lágrima?

BLANCA.—¡Es una alegría! *(Cambiando bruscamente.)* Anda, anda, a comer, a comer *(La sienta junto al Señor Jacobo. Dándoselas.)* Usted, senor Gramont, tome unas magritas... *(Va sacando las cosas de la cesta.)*

SEÑOR JACOBO.—Muchas gracias. *(Come y da algo que comer a Luisa.)*

BLANCA.—*(A todos.)* A ustedes... Me van ustedes a despreciar otra vez, pero no importa. A ustedes, señoras y señores, también les ofrezco de todo corazón lo que tengo. Si alguno desea, que se acerque. *(Silencio.)* ¿No me contestan? ¿Prefieren ustedes morirse de hambre a capitular?... ¡Qué le vamos a hacer!... ¿Ustedes gustan, niñas? *(A las Renard.)*

CASTA.—Gustamos más que algunas que presumen.

JULIETA.—*(Aparte.)* Anda, por si es ironía.

BLANCA.—Se comprende, porque son ustedes lindísimas. Tengo aquí un pollito. *(Sacando lo que va nombrando.)*

LAS DOS.—*(Con curiosidad.)* ¿Un pollito?

BLANCA.—Poco es, porque un pollo siempre tiene mal reparto entre dos señoritas; pero si ustedes quieren... *(Se lo entrega y ellas comen. A Oliverio.)* Señor barón, ¿aceptaría usted un filetito?

SUSANA.—No la contestes.

BLANCA.—Vaya; veo que me va usted a obligar a ponerle el filete en la boca.

SUSANA.—¡El filete en la boca a mi marido!...

OLIVERIO.—¡Ojalá!...

SUSANA.—¡Oliverio!...

OLIVERIO.—¡Digo que ojalá lo hiciera y ya verías! *(Pausa. Blanca acercándose.)*

BLANCA.—*(Al Abate.)* Padre, todos me desprecian; el representante de la Iglesia es el obligado a dar los altos ejemplos de humildad y sumisión. Inclínese ante los designios providenciales y acepte este trozo de jamón en dulce de unas manitas pecadoras.

ABATE.—*(Mirando alternativamente al jamón y a Blanca.)* Señora...

BLANCA.—Mire usted qué sabroso...

ABATE.—Señorita...

BLANCA.—Mire usted qué rico...

ABATE.—*(Heroicamente.)* ¡Ea, sí!... *(Se lo arrebata.)* Tiene usted razón. Lo acepto. Armando, Dios nos presenta estos casos para que la soberbia humana se humille. Toma y come. Sacrifícate.

ARMANDO.—Si usted lo manda... *(Va a cogerle su jamón.)*

ABATE.—*(Rechazándole.)* No, allí, allí te darán. Estos sacrificios no deben partirse con nadie. Cada uno que devore en silencio su humillación. *(Empieza a comer.)* La soberbia tiene su castigo y para nosotros vino...

BLANCA.—*(Dándole una botella.)* Tome usted, padre.

ABATE.—Gracias, hija. Y para nosotros vino ese castigo. *(Mira la etiqueta.)* De Burdeos. *Chateau Iquem.* Exquisito. *(Bebe.)*

OLIVERIO.—Susana.

SUSANA.—Oliverio.

OLIVERIO.—La religión ha capitulado. ¿Capitulo?

SUSANA.—Capitula. ¡Pero tú; yo, yo no debo! *(El Barón se acerca y coge comida.)*

ARMANDO.—*(Al Abate, enseñándole el que ha cogido.)* ¿Este jamón es de York?

BLANCA.—Es de Tour.

ABATE.—*(Cogiéndole el pedazo.)* Lo mismo da Tour que York. Trae y no aquilates, Armando. *(Se lo come.)*

GASTÓN.—Isolina.

ISOLINA.—Gastón.

GASTÓN.—He visto una pechuga que desvanece. ¿Qué hago?

ISOLINA.—¡Pero claudicar!... ¡Cometer yo esa inmoralidad!...

GASTÓN.—¡Qué inmoralidad ni qué zanahorias!... ¿Eres tú acaso la primera? ¡Inmoralidad! Fija-

te en esa señorita *(Por Julieta.)*; se la ve un muslo... en la mano.

ISOLINA.—Dame otro pollo, si lo hay. Claudicaré.

OLIVERIO.—*(A Susana.)* Te advierto que es una mujer cariñosísima; mira lo que me ha dado, y dice que si te acercas tú, que te dará un capón.

SUSANA.—¡Un capón a mí! Aceptaré lo indispensable, pero nada más. *(Comen todos; el Abate, bebe.)*

GASTÓN.—*(Quitándole la botella.)* Padre... la merluza, cójala allí.

ABATE.—No, era que había elevado los ojos al cielo y estaba dando gracias.

GASTÓN.—Pues delas en seco, no sea que se atragante y no le oigan. *(Bebe.)*

OLIVERIO.—*(Yendo por más comida.)* Señorita..., la aristocracia insiste.

ABATE.—*(Idem.)* La Iglesia persevera. *(Van volviendo a su sitio.)*

GASTÓN.—El comercio recalca.

ARMANDO.—La juventud...

BLANCA.—La juventud se atiborra, ya lo veo. Señor Renard... *(Dándosela.)* Una rajita de salchichón.

SEÑOR RENARD.—*(Gran reverencia.)* ¡Qué fina!

BLANCA.—*(Fuerte.)* Como las han partido.

SEÑOR RENARD.—Me refería a usted, señorita. ¡Es finísima, es finísima! *(Se la come.)*

BLANCA.—También hay fruta, dulces, quesos... ¡Coman, señores, coman..., que me dan una inmensa alegría!

OLIVERIO.—Verdaderamente sin la previsión de esta señorita hubiéramos sucumbido.

ABATE.—¿No es verdad que conmueve este espectáculo fraternal y pantagruélico?... Elevemos al cielo... *(Coge la botella.)*

GASTÓN.—*(Deteniéndole.)* No eleve usted nada, que hace falta aquí...

ESCENA III

DICHOS, un SARGENTO de Infantería bávara y seis SOLDADOS. Todos con fusiles. Por la derecha.

SARGENTO.—¡Alto! *(Los Soldados les apuntan con los fusiles.)*

TODOS.—*(Con terror.)* ¡Los bávaros! *(Se repliegan hacia la izquierda.)*

SARGENTO.—¡Arriba las manos!... *(Todos obedecen.)*

GASTÓN.—¡Pero, señor sargento!...

SARGENTO.—Arriba he dicho.

GASTÓN.—¡Voy, voy!...

OLIVERIO.—¡Dios mío, tanto afán por comer, y ahora!...

ABATE.—Señor sargento, esto es contribuir al alza de las subsistencias.

GASTÓN.—El suplicio de Tántalo.

SARGENTO.—Silencio. ¿Son ustedes los viajeros de aquella diligencia?

GASTÓN.—Los mismos, sí, señor.

SARGENTO.—Pues dense presos.

TODOS.—¡Presos!

OLIVERIO.—Pero ¿por qué se nos detiene?

GASTÓN.—Somos gente pacífica.

SARGENTO.—Pues los hechos lo desmienten. En las cajas de los asientos del coche llevaban ustedes armas ocultas.

OLIVERIO.—¿Armas nosotros?

SUSANA. Eso es falso.

ARMANDO.—No es posible. *(El Abate, que se ha quedado con una botella en la mano, desde lo alto se echa vino a la boca.)*

SARGENTO.—Silencio. ¿Pero qué hace ese clérigo?...

ABATE.—Nada, que me quedaba un poco de vino y no quería desperdiciarlo ni faltar a la consigna.

GASTÓN.—¡Un pedazo tan rico!... ¡Puntería, Dios mío! *(Se lo deja caer en la boca.)*

SARGENTO.—Basta. Bajen las manos. *(Obedecen.)* Es preciso que me sigan al campamento.

SUSANA.—¿Nosotras al campamento?

SARGENTO.—No hay remedio.

BLANCA.—¿Pero a pie?

SARGENTO.—A pie.

ISOLINA.—¿Dista mucho?

SARGENTO.—Un cuarto de hora largo.

SUSANA.—¡Largo de aquí!

SARGENTO.—¡Señora!...

OLIVERIO.—No es que repele, señor sargento; es que se aterra.

SARGENTO.—Bueno, en marcha. Las señoras, delante, y ustedes, con el equipaje, detrás.

OLIVERIO.—¿Yo con el equipaje?

SARGENTO.—Usted con el equipaje.

GASTÓN.—Es que el señor pertenece al gran mundo.

SARGENTO.—Pues que cargue con él.

ABATE.—¡Qué bárbaro!

SARGENTO.—¡Pronto!

TODOS.—Vamos, vamos... *(Cogen el equipaje.)*

SUSANA.—*(Apartando a sus compañeras del grupo de Blanca y Luisa.)* Señor sargento, ¿nos permitirá usted a las señoras que nos dividamos en dos grupos?...

BLANCA.—Pero, señora, ¿todavía...?

SUSANA.—El que hayamos aceptado un mendrugo no nos obliga a nada. *(Con gesto altivo.)*

ISOLINA.—¡No faltaba más! *(Con desprecio.)*

JULIETA Y CASTA.—*(Al mismo tiempo.)* ¡Pues claro. *(Salen delante.)*

BLANCA.—*(Sonriendo.)* Bueno, bueno...

LUISA.—Nosotras juntas... no me abandone usted.

ARMANDO.—*(Cargado con el equipaje.)* ¡Yo no puedo más!

ABATE.—Pues mira si nos llegamos a traer los tres baúles, como quería tu mamá... ¡Tira, hijo

mío, tira! *(Después de pasar todos, al Sargento.)* ¡Estoy a su servicio!

SARGENTO.—De frente, ¡ar! *(Vanse por la derecha. Telón de cuadro.)*

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Campamento donde se aloja un regimiento de Infantería bávara. En los primeros términos, derecha e izquierda, la entrada de dos tiendas de campaña. La de la izquierda es la del Coronel VON MULLER. La de la derecha, del mayor FRIDEN. A lo lejos, tiendas, hogueras, pabellones de fusiles, etc., etc. Paisaje nevado.

Música.

ESCENA PRIMERA

Es de noche. Empieza a amanecer. Se escucha el toque de diana. Salen SOLDADOS de las tiendas con cubos y toallas. Actividad en el campamento.

ESCENA II

RAP (soldado), VON MULLER (coronel), de la tienda izquierda. Sale RAP, levanta la cortina de la tienda, se cuadra y saluda militarmente, dejando paso a Von Muller.

Hablado.

RAP.—A la orden, mi coronel.

MULLER.—Rap, ron.

RAP.—Con permiso de usted, se acabó anoche.
MULLER.—Quedaba medio frasco.
RAP.—Con permiso de usted me lo bebí yo.
MULLER.—¿Quién te dió permiso?
RAP.—Con permiso de usted, nadie..., pero me encontraba un poco enfermo, mi coronel, y por eso...
MULLER.—Ya te he dicho que cuando te pongas enfermo te vayas a la tienda del comandante.
RAP.—Se le había acabao.
MULLER.—Y a mí se me está acabando la paciencia.
RAP.—¡Mi coronel!
MULLER.—Rap, ron. *(Le indica que se vaya.)*
RAP.—Lo saco de las piedras *(Hace un saludo, da media vuelta exagerada y se marcha con pasos exagerados por el fondo derecha. Un Ordenanza coloca a la puerta de la tienda del Coronel una mesa y dos sillas de campaña.)*

ESCENA III

VON MULLER y MAYOR FRIDEN, por el foro derecha.

FRIDEN.—Mi coronel, ¿da usted su permiso?
MULLER.—¿Qué pasa, mayor Friden?
FRIDEN.—El sargento Posen, que salió anoche de descubierta con una patrulla, acaba de regresar el campamento con los pasajeros de una diligencia detenida.
MULLER.—¿Pues?...
FRIDEN.—Se han encontrado en los bancos del coche en que viajaban, pistolas, sables y fusiles.
MULLER.—¡Hola, hola!
FRIDEN.—Pide permiso para presentarlos a usted.
MULLER.—¿Son hombres solos?
FRIDEN.—Van algunas señoras.
MULLER.—¡Señoras!... *(Se atusa el bigote, se estira la chaquetilla.)* ¿Jóvenes o viejas?

FRIDEN.—Viejas... *(Gesto de contrariedad en el Coronel.)* y jóvenes. *(Cara de satisfacción.)* ¡Las jóvenes, preciosas, mi coronel! Va una, que me ha soliviantado el Cuerpo de guardia, no le digo a usted más.

MULLER.—Pues dígales que pasen, y al Cuerpo de guardia que en su lugar descansen.

FRIDEN.—A la orden. *(Vase foro derecha.)*

MULLER.—¡Gracias a Dios que vamos a ver mujeres! Tres meses operando en la sierra, sin ver más faldas que las de los montes. ¡Al fin, mujeres... y mujeres bonitas!... ¡Mi flaco!

ESCENA IV

VON MULLER, MAYOR FRIDEN, SARGENTO POSEN, BLANCA, LUISA, SUSANA, ISOLINA, CASTA, JULIETA, ABATE, GASTÓN, OLIVERIO, ARMANDO, SEÑOR RENARD, SEÑOR GRAMONT y los seis SOLDADOS.

FRIDEN.—Con permiso, mi coronel. *(Pasa a la izquierda.)*

MULLER.—Adelante.

POSEN.—Los prisioneros. *(Pasa a la izquierda.)*

FRIDEN.—El señor coronel Von Muller.

ABATE.—Muy señor nuestro. *(Saludan con una reverencia.)*

POSEN.—El mayor Friden.

OLIVERIO.—Tanto gusto.

GASTÓN.—*(Al Abate. Aparte.)* ¿Cuál es el mayor?

ABATE.—*(Aparte.)* El más chico.

MULLER.—*(Con los lentes examina a las señoras.)* ¿Venían ustedes a Poitiers?

OLIVERIO.—A Poitiers, para servir al señor coronel Von Muller, sí, señor.

MULLER.—¿Van los pasaportes en regla?

ABATE.—Van, Von,

TODOS.—El mío, el mío, el mío... *(Los muestran.)*

MULLER.—¿Y ustedes son...?

OLIVERIO.—El barón de Medoc, para servir a usted. Mi señora.

MULLER.—Señora baronesa... *(Saluda.)*

SUSANA.—¡Qué hombre más guapo!

MULLER.—*(Fijándose en Blanca. Aparte.)* ¡Caramba, qué linda muchacha! Y usted, señorita, ¿cómo se llama?

BLANCA.—Blanca de Lacour, para servir a usted. *(Le da su pasaporte.)*

MULLER.—¡Blanca de Lacour! ¿«La Estrella de Olimpia»?... ¿La célebre bailarina. acaso?

BLANCA.—En efecto, señor coronel.

MULLER.—¿Usted no ha estado en el teatro Real de Munich?

BLANCA.—Allí bailé hace dos años...

MULLER.—Ya decía yo que esa linda carita... ¡Yo fuí uno de sus más entusiastas admiradores!...

BLANCA.—Usted me favoreció, señor coronel.

MULLER.—¡Bravo encuentro! *(Leyendo el pasaporte.)* ¿Tiene usted veintidós años?

BLANCA.—Cumplidos.

SUSANA.—Yo aún no he cumplido los treinta y seis.

MULLER.—Porque no habrá usted querido, señora, porque tiempo le debe haber sobrado.

SUSANA.—¡Qué grosero!

MULLLER.—¿Y usted viaja sola?

BLANCA.—Bien acompañada, como ve el señor coronel.

MULLER.—Señores, se han encontrado armas en el coche en que ustedes viajaban; me veo, por tanto, en el triste deber de detenerlos para proceder a una información. Suplico que me perdonen y que tengan la bondad de retirarse. *(Al Mayor.)* Que les preparen dos tiendas.

FRIDE.—A la orden. *(Vanse por la derecha.)*

TODOS.—Servidores de usted. *(Indican el mutis.)*

MULLER.—*(A Blanca, deteniéndola.)* No; usted, tenga la bondad de quedarse, señorita.

BLANCA.—¿Yo?...

MULLER.—Sí; he notado en el pasaporte de usted circunstancias que precisan una pequeña investigación.

ISOLINA.—¡Ya, ya! *(Con ironía.)*

JULIETA y CASTA.—*(Al mismo tiempo.)* Sí, sí... *(Sonriendo.)*

GASTÓN.—¿A que en el mío no ha notado usted nada?

MULLER.—Sí, señor...; he notado que es usted un impertinente. ¡Retírense!

OLIVERIO.—*(Indignado. Aparte.)* Va usted a dar lugar a que nos fusilen.

GASTÓN.—¡Y a usted qué le importa! ¿No ha venido usted todo el camino diciendo que estaba cansado del mundo?

OLIVERIO.—¡Del que llevaba a cuestas, pero nada más! *(Se marchan, regañando, por el foro derecha.)*

ESCENA V

BLANCA y VON MULLER

Música.

MULLER.—Señorita...

BLANCA.—¿Qué tiene usted que decirme?

Cantado.

MULLER.

Que en la guerra tiene la hermosura
mágico poder,
y que usté, divina criatura,
tiene que vencer.

BLANCA.
En la tierna, deliciosa y suave
lucha del amor,
llega el triunfo, pero nadie sabe
quién es vencedor.
Y yo en mi victoria creo,
pero no peleo.

MULLER.
A saltar la muralla iré.

BLANCA.
Le rechazaré.

MULLER.
Hermosa viajera
no diga que no,
que no hubo trinchera
que no tomara yo.
El Coronel siempre triunfó.

BLANCA. *(Pasando a sentarse al lado de la tienda.)*
Me niego, me niego
y aquí se acabó.
Por gusto, me entrego;
por violencia, no.
Del coronel, me río yo.

MULLER.
Es que usted, por leyes de la guerra,
depende de mí,
y si en su negativa se encierra,
no sale de aquí.

BLANCA. *(Levantándose indignada.)*
Es que usted de Francia es enemigo.
(Al ver que él avanza.)
¡Coronel, atrás!
Si las pruebas de mi amor prodigo,
con usted jamás.
(Pasando a la derecha.)

Yo, podré quedar sin vida,
pero no vencida.

MULLER.
¿Y si a usted me rindiera yo?

BLANCA.
He dicho que no.

MULLER.
Hermosa viajera,
etc., etc.

BLANCA.
Me niego, me niego,
etc., etc.

Hablado sobre la música.

MULLER.—¿De modo, Blanca, que se niega usted a compartir un amor tan sentido como fervoroso?

BLANCA.—En absoluto, coronel.

MULLER.—¿Ignora, acaso, que tengo las vidas de todos ustedes en mi mano?

BLANCA.—Nuestras vidas, sí; pero mi corazón, que muchos amores han hecho latir, es francés, señor coronel, y no se entregará nunca a un soldado invasor, que ultrajó con sólo pisarlo, el suelo glorioso de mi patria adorada.

MULLER.—Blanca, quédese usted unos días en un lugar próximo al campamento; se lo ruego por última vez.

BLANCA.—Jamás.

MULLER.—Señorita, de lo contrario, tema usted mi enojo.

BLANCA.—¡Su enojo! ¿Y qué me importa a mí su enojo! ¡Ja, ja, ja! *(Mutis, riendo burlonamente, por la primera derecha.)*

Cantado.

MULLER.

Te juro, francesa,
que nunca imploré,
ni tregua en la guerra
ni amor que codicié.
Siempre triunfar
mi lema fué.

ESCENA VI

VON MULLER, RAP y MAYOR FRIDEN

Hablado.

MULLER.—¡Despreciarme!... ¡Reírse de mí una liviana bailarina!... ¡Burlarme! Se acordará de su desaire. Se lo prometo. *(Llamando.)* Rap, Rap.

RAP.—Mi coronel. *(Por el foro derecha.)*

MULLER.—Dile a ese señor abate francés, prisionero, que venga aquí al momento..., que es necesaria su presencia.

RAP.—A la orden. *(Vase.)*

MULLER.—Mayor Friden. *(Le llama en la tienda de la derecha.)*

FRIDEN.—*(Saliendo.)* Mi coronel.

MULLER.—Pase usted a mi tienda, que he de darle un encargo para que lo transmita a ese señor abate francés.

FRIDEN.—A la orden. *(Entran en la tienda.)*

los corazones de ilusiones
va llenando sin cesar.

TODOS.
Su sonar entona una canción,
y es tal vez su ronco redoblar
el palpitar de un corazón.
(Evolucionan.)

JULIETA Y CASTA. *(Al mismo tiempo.)*
Yo quisiera, caballero,
que me diera una lección.

PÍFANOS.
Es mejor que usté se espere
a que acabe la instrucción.

TAMBOR.
Media vuelta a la derecha
y marcad bien el compás,
más derechos que una flecha
pero sin mirar atrás.

JULIETA. *(Avanzando cariñosa al Tambor mayor.)*
¡Aire conquistador!

CASTA. *(Idem.)*
¡Mosca de militar!

TAMBOR.
Señoritas, no hay que jugar
con la mosca de un servidor.

PÍFANOS, JULIETA Y CASTA. *(Al mismo tiempo.)*
El batir alegre del tambor, etc., etc.
(Hacen mutis por la primera derecha.)

ESCENA VII

Salen por el foro derecha JULIETA y CASTA, a las que vienen enamorando cuatro PÍFANOS de la Banda; dos a cada una; ellas en el centro y avanzan al proscenio. A poco, y por el mismo sitio, sale la Banda de tambores (señoras), a cuyo frente marcha el TAMBOR MAYOR. La Banda toca el tambor en los sitios que se indican en la partitura y evoluciona a gusto del director de escena. El TAMBOR MAYOR jugará constantemente el bastón, signo de su mando.

Música.

PÍFANOS.
Es usted encantadora
y me muero por su amor.

JULIETA Y CASTA. *(Al mismo tiempo.)*
Cállese, porque nos mira
el señor tambor mayor.

TAMBOR. *(A la Banda.)*
Parchear con gran cuidado
redoblando sin crecer,
que un redoble prolongado
no se puede sostener.

PÍFANOS.
Yo la vendré a buscar
al toque de oración.

TAMBOR.
De seguro habrá que ensayar
esta noche la introducción.

PÍFANOS, JULIETA Y CASTA. *(Al mismo tiempo.)*
El batir alegre del tambor
con creciente y ronco redoblar,
igual que el ansia del amor

ESCENA VIII

RAP y el ABATE, por el foro derecha.

Hablado.

ABATE.—¿Y dice usted que me llama a mí?

RAP.—Sí.

ABATE.—¿Y no podría usted, señor...?

RAP.—Rap.

ABATE.—Un apellido breve, pero precioso. ¿Y no podría usted, señor Rap, adelantarme a qué debo la fortuna de que el señor coronel me llame?

RAP.—No.

ABATE.—Porque, francamente, me produce una cierta inquietud rayana en el... (iba a decir miedo; pero no es la frase...), rayana en el... (bueno, pongamos miedo hasta que se me ocurra otra cosa...), el que el señor coronel se haya acordado de mí ¿Usted lo comprende?

RAP.—Sí.

ABATE.—Porque digo yo que si como esos granujas han metido armas en el coche, usted no sabe, si...

RAP.—No.

ESCENA IX

DICHOS y MAYOR FRIDEN, de la tienda del Coronel.

FRIDEN.—*(A Rap.)* Retírate.

RAP.—A la orden. *(Saludo, vuelta y pasos exagerados. Vase por la izquierda.)*

FRIDEN.—Señor abate...

ABATE.—Señor mayor. *(Saluda.)* Acabo de ser informado por ese sintético e inexpresivo ordenanza, tan amable como monosilábico, de que el

señor coronel quiere favorecerme con sus órdenes.

FRIDEN.—Menos palabras.

ABATE.—Bórreme las que guste.

FRIDEN.—Y al grano.

ABATE.—De cabeza.

FRIDEN.—Señor abate, no le ha llamado a usted el señor coronel, le he llamado yo.

ABATE.—Señor mayor, no es menor mi alegría.

FRIDEN.—Señor abate, como cómplices de una conducción de armas, pueden ustedes ser juzgados por un Consejo de guerra.

ABATE.—*(Vacilando.)* ¡Cielos!... ¡Ay mayor!...

FRIDEN.—¡Y fusilados en juicio sumarísimo!

ABATE.—¡Ay mayor!... ¡De modo que después de ese juicio...?

FRIDEN.—Cuatro tiros.

ABATE.—El juicio final, vamos. ¡Ay, que no me sostengo. *(Vacila. Le tiene que sostener el Mayor.)*

FRIDEN.—No tienen ustedes más que un medio de salvación.

ABATE.—¿Uno?

FRIDEN.—Uno.

ABATE.—Pues hágame usted el obsequio de indicármelo de un modo fulminante, si no quiere usted que se le muera un clérigo en los brazos.

FRIDEN.—Yo quisiera decírselo de un modo discreto...

ABATE.—Usted es la discreción con casco; dígamelo como guste.

FRIDEN.—*(Confidencial.)* Señor abate, el señor coronel ha solicitado de la señorita Blanca de Lacour que se quedase algunos días en un lugar próximo al campamento. Usted comprenderá...

ABATE.—*(Con forzada sonrisa.)* Perfectamente, sí, señor... La juventud, la milicia, la bizarría... El, gallardo; ella, pizpireta... ¡Qué me va usted a decir! *(Dándole un golpecito en la barriga.)* Adelante, adelante...

FRIDEN.—Pues bien: la señorita Blanca de Lacour se niega a acceder a esta pretensión.

ABATE.—¡Huy, qué tonta!...

FRIDEN.—El coronel está enfurecido.

ABATE.—Claro, como estaría yo... Digo, ¡ay, no, usted perdone, que es que no sé lo que me digo!

FRIDEN.—De manera que yo le he llamado a usted como hombre persuasivo para que trate de convencer a esa señorita de que sea un poco más amable con el coronel.

ABATE.—*(Aterrado.)* ¿Yo?... ¡Que convenza yo a esa señorita de que... de que ella... de que el coronel... ¡Ay mayor!...

FRIDEN.—A usted le sobrarán recursos.

ABATE.—Pero..., pero usted, que es una persona, mayor, que tendrá reflexión, ¿no comprende que este papel... vamos, que este papel de envolver, digámoslo así, no es el más a propósito para un abate?...

FRIDEN.—Pues que le ayuden a usted las señoras.

ABATE.—Pero...

FRIDEN.—Hagan lo que quieran. O convencen a esa señorita, o de lo contrario, dentro de pocas horas pueden verse todos ustedes...

ABATE.—Sí, en el subsuelo. Ni una palabra más.

FRIDEN.—Yo he cumplido. *(Vase por el foro derecha.)*

ABATE.—Tantísimas gracias. *(Reverencia.)*

ESCENA X

ABATE BONFLÁN, solo.

ABATE.—*(Aterrado.)* ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!... ¡Yo..., que le suplique yo a una bailarina casquivana que ame al coronel... Que se lo suplique yo, que he venido todo el camino dirigiéndola exhortaciones para que abrace la virtud, y tenerla que decir ahora que no abrace...; es decir, que abrace... Bueno,

esto es para perder el juicio. Y si no la convencemos, ese salvaje es capaz... ¡Ay Dios mío!... Bueno, yo voy a notificar a las señoras el encarguito que nos han hecho y a decirles que si esa joven persiste en darle calabazas al coronel, peligran nuestras cabezas. De modo que la cosa es clara: o las cabezas o las calabazas ¡Fusilarnos!... ¡Qué horror!... ¡Ay, no, Dios mío!... Yo convenceré a esa joven, yo la diré que es un hombre guapísimo, que tiene una mirada que es para tostar café..., que su sonrisa... ¡Dios clemente, un clérigo echándole piropos a un coronel bávaro!... ¡Qué bavaridad!

ESCENA XI

ABATE, SUSANA, ISOLINA, JULIETA y CASTA, por la primera derecha.

SUSANA.—*(Saliendo.)* ¡Señor abate!

ABATE.—Señoras; iba a buscarlas.

SUSANA.—¿Qué sucede?

ABATE.—¡Una cosa horrible!

TODAS.—¡Horrible!

ABATE.—Oiganme ustedes. El coronel le ha hecho el amor a la señorita Blanca de Lacour; ella le ha dado calabazas, y ese déspota, enfurecido, me ha mandado decir que, o convencemos a esa joven para que le ame o nos fusila

TODOS.—¡Jesús!

ABATE.—La conminación ha sido aterradora. O retira sus calabazas o peligran nuestras cabezas.

ISOLINA.—¿Y cree usted que ese coronel será capaz de semejante atropello?

ABATE.—Señora, tiene en sus manos nuestras calabazas..., digo, nuestras existencias. La guerra justifica todas las atrocidades.

CASTA.—¡Dios mío, pero morir!...

SUSANA.—¡Qué espanto!... Y ¿qué podríamos hacer, señor abate?

ABATE—No hay más que dos caminos, señora: o nos resignamos a que nos fusilen, o nos arrodillamos a los pies de esa joven y la decimos que coja al coronel y le pinte una pasión volcánica, o, por lo menos, que le haga un croquis.

SUSANA.—¡Pero este papel para una aristócrata!... Esto es muy duro, señor abate.

ABATE.—¡Más duro es un proyectil, señora!...

ISOLINA.—Yo, que no he querido mancharme dirigiéndole ni una mirada...

ABATE.—Pues o la mancha o el sepelio.

CASTA.—Nosotras implorando de esa liviana...

ABATE.—No hay otra solución, o eso o prepararse para una buena muerte.

JULIETA.—No, yo no quiero morir, señor abate.

ABATE.—No; si no te creas que yo estoy haciendo oposiciones a un sarcófago; pero ¡qué remedio!

SUSANA.—¡Ah, qué ocurrencia, señor abate!... ¡Dios me ha iluminado!

ABATE.—¿Qué pasa?

SUSANA.—*(Llevándole aparte.)* Una idea heroica, que nos salvaría. A usted sólo puedo decírsela.

ABATE.—Venga. *(Se apartan a la derecha.)*

SUSANA.—Yo me sacrificaré por todos.

ABATE.—¿Pero cómo?

SUSANA.—¿Quiere usted ir a decirle al coronel si le es lo mismo que le ame yo?

ABATE.—Señora, pero usted quiere que me peguen a mí solo los cuarenta y seis tiros que tenemos que prorratearnos?... Si voy con ese recadito, me traen en una salvadera.

SUSANA.—Pero...

ABATE.—Bromitas con la milicia, no.

ISOLINA.—Silencio. ¡Ella viene! *(Viéndola.)*

ABATE.—Ella, sí; es verdad.

CASTA.—Convénzala usted, señor abate.

ABATE.—¡Ayúdenme todas, por Dios!

ELLAS.—Sí, sí.

ESCENA XII

DICHOS y BLANCA, por la primera derecha.

BLANCA.—*(Muy contenta.)* Señor abate... Señoras..., vengo en busca de ustedes... La alegría inunda mi corazón. ¡No me volváis la espalda!... Ya soy digna de vosotras.

ELLAS.—*(Con asombro.)* ¿Qué?

ABATE.—Señorita, siempre la hemos apreciado.

BLANCA.—Sí, pero no es eso, ¡no es eso!... ¡Ay, qué alegría, padre!... ¡Ay, qué alegría! *(Le abraza.)*

ABATE.—Pero, hijita, ¿a qué se debe ese regocijo?...

BLANCA.—A que gracias a las exhortaciones de usted y a las lágrimas que el justo desprecio de estas señoritas me ha hecho derramar, he decidido, en un momento de reflexión, que termine para siempre mi ligereza y quiero ser, de ahora en adelante, modelo de honradez y de virtud.

ABATE.—*(Aterrado. Aparte.)* ¡Carape!

BLANCA.—¿Qué le pasa, padre?

ABATE.—Nada, hija... *(Aparte.)* ¡Ay, que dice que modelo de virtud! *(Alto.)* ¿De modo que dice usted que modelo...?

BLANCA.—De virtud.

ABATE.—¡Señorita, por Dios!... ¡Pero va usted a molestarse por nosotros!...

BLANCA.—Padre, le llama usted molestia a...

ABATE.—No, no, vamos...; lo que quiero decir es que... *(Aparte.)* ¡Ay Dios mío!

BLANCA.—¿Pero no se alegran ustedes?...

ABATE.—Sí, ya lo creo. Nos alegramos mucho. *(A las señoras.)* ¿Verdad?... *(Todas asienten.)*

BLANCA.—A ustedes les debo este saludable cambio.

ABATE.—Saludable, relativamente.

BLANCA.—Y apenas concebido mi noble propósito,

Dios me ha puesto a prueba, hasta el extremo, sépanlo ustedes, de que el coronel me ha hecho el amor y le he despreciado. Me amenazó; pero todo inútil. Dice que nos fusilará. ¡Qué importa!

ELLAS.—¿Cómo?

BLANCA.—Cuanto mayor sea el riesgo, más grande la abnegación. Mi muerte purificará mi vida. Junto a ustedes moriré resignada. ¡Ya soy digna de vosotras!

ABATE.—Hasta luego. *(Indica el mutis hacia la izquierda.)*

SUSANA.—*(Aparte.)* ¿Dónde va usted?

ABATE.—*(Idem.)* A redactar el epitafio. Nos fusilan.

ISOLINA.—*(Idem.)* Convénzala, por Dios.

ABATE.—*(Idem.)* ¡Pero cómo la digo yo que no sea virtuosa!

JULIETA.—*(Idem.)* ¡Qué sé yo!... Para eso es usted orador.

ABATE.—*(Idem.)* Dejadme a ver. *(Se vuelve hacia la derecha. Alto.)* Señorita... Verdaderamente la virtud es un don del Cielo, porque aunque dan en decir que este don no es de los que dan..., yo digo que el don... *(Aparte.)* Bueno, me he perdido en un campaneo mareante.

SUSANA.—Señorita, el señor abate no acierta a explicarse y la cosa apremia. *(Pasa a su lado.)*

BLANCA.—Pero ¿qué les sucede?

SUSANA.—Pues nada; hablando en plata...: que el señor coronel nos ha dicho que si no se queda usted unos días en el campamento, nos fusila, y nosotras, todas, de rodillas si es preciso, la rogamos..., la suplicamos...

BLANCA.—¿Que ame al coronel?

SUSANA.—Exactamente.

ISOLINA.—¿Dónde encontrará usted una figura más distinguida?

JULIETA.—¿Ni más arrogante?

ABATE.—¿Usted se ha fijado en un lunar que tiene en semejante sitio? *(Señala la barbilla.)*

BLANCA.—¡Padre!...

ABATE.—Pero, hija, si lo tiene, yo que le voy a hacer...

ISOLINA.—Señorita, son muchas vidas las que penden de su voluntad.

CASTA.—¡Tenga compasión!...

SUSANA.—¡Ah!... Si yo estuviera en su caso...

BLANCA.—¡Dios mío, pero si parece mentira!... ¿Y ustedes, ustedes que me despreciaban por liviana, me aconsejan ahora para salvar su vida la más negra de las liviandades?... Ja, ja, ja. *(Ríe con desdén.)* ¡Oh, bárbaro, brutal egoísmo. ¡Me lo he figurado! ¡Lo esperaba!

ABATE.—Señorita, ha habido hasta santas que se han sacrificado por...

BLANCA.—Disposiciones del Cielo padre. A mí, en cambio, parece que me ha encargado Dios de abatir el orgullo y la soberbia de estas señoras, poniendo sus vidas en manos de la infeliz que despreciaban. ¿Lo veis? Nada de cuanto existe sobre la tierra se debe despreciar; ni lo más ruin ni lo más miserable. Compasión debí inspiraros, no desprecio. Y si os sentíais fuertes en vuestra moral, ¿por qué vaciláis en ella? ¿No me queríais honrada? Pues honrada me tendréis. Y he aquí mi resolución: soy capaz de amar a un vagabundo de los caminos; a un enemigo de mi patria, ¡nunca!

TODOS.—¡Señorita!...

BLANCA.—He dicho que nunca..., ¡nunca! *(Vase por la primera derecha.)*

TODOS.—Señorita... *(Salen suplicantes tras ella.)*

ESCENA XIII

LUISA, SEÑOR JACOBO, por la primera izquierda; luego, VON MULLER, de su tienda.

LUISA.—¿Ha oído usted, padre?... ¡Si la señorita Blanca no ama al coronel, no podremos salir de aquí en mucho tiempo!...

SEÑOR JACOBO.—¡Qué contrariedad!... ¡Qué dolor!... Aguarda aquí... Siéntate. *(A la puerta del Coronel.)* Si yo pudiera enterarme... *(Vase por la izquierda.)*

BLANCA.—*(Sale por la derecha.)* ¡Miserables, cobardes, egoístas! Comieron de mi comida y me despreciaron; ahora quieren vivir de mi liviandad para despreciarme otra vez... ¡Nunca!

LUISA.—Señorita Blanca... *(Avanzando al oír la voz.)*

BLANCA.—Luisa... *(Corre a su encuentro.)*

Música.

LUISA.

Un favor quiero pedirla,
señorita bondadosa;
para usted, acaso fácil;
para mí, de gran valor.

BLANCA.

Cuando todos me ofendieron
me acogiste cariñosa.
Pobrecita cieguecita,
da por hecho ese favor.

LUISA.

Ya nunca es posible,
si soy detenida,
curar mi ceguera,
calmar mi dolor;
mi amor es mi encanto,
la luz es mi vida;
me esperan, señora,
la luz y el amor;
y por capricho del azar
mi situación es tan cruel,
que mi ilusión no he de lograr
si usté no quiere al coronel.

BLANCA.

Si crees que yo puedo,
gentil criatura,

curar tu ceguera,
calmar tu dolor,
si amor, por mi mano,
tu dicha asegura,
ve donde te esperan
la luz y el amor.
Yo no creí ceder jamás,
antes esquiva fuí con él,
y por salvarte nada más
daré mi amor al coronel.

MULLER. *(Que desde la puerta de la tienda ha escuchado los últimos versos, avanza. Recitado.)*

El coronel ha escuchado
sus frases y es caballero,
y rinde culto sincero
al honor, porque es soldado.
Acepta, pues, la lección
de hermosa delicadeza
y, admirando su nobleza,
viene a pedirle perdón.
Perdónele, y si algún día
sol de paz vuelve a lucir,
cuando le pueda decir
todo lo que hoy la diría,
cuando usted le pueda dar
el grato nombre de amigo,
cuando no sea enemigo
y la vaya a suplicar,
recuerde, que siempre fiel
al dictado de su honor,
supo sofocar su amor
en el pecho el coronel.

Cantado.

El coronel vencido está,
pues el que cae rendido es él,
y es sacrificio inútil ya
que usted se rinda al coronel.

(Continúa la orquesta sola.)

ESCENA XIV

DICHOS, SUSANA, ISOLINA, JULIETA, BLANCA, ABATE, OLIVERIO, GASTÓN y ARMANDO, por el foro derecha. SEÑOR JACOBO, por la primera izquierda; al final, SEÑOR RENARD, por el foro derecha.

Hablado con música.

GASTÓN.—¡Estamos salvados!... Avancen, avancen ustedes y miren.

OLIVERIO.—¡Abrazándola y besándola la mano!

MULLER.—*(Al verlos.)* Señoras, señores...

OLIVERIO.—Albricias, señor coronel. *(Adelantan.)*

GASTÓN.—No se moleste por nosotros... Siga, siga...

ABATE.—Y por lo visto..., supongo que nuestro indulto es cosa hecha. *(El Señor Jacobo sale y se abraza a su hija.)*

SUSANA.—*(Irónica.)* Ya me figuraba yo que esta señorita nos complacería a... ¡todos!...

ISOLINA.—No se podía esperar otra cosa de su... finura.

CASTA.—¡Es tan amable!

JULIETA.—¡Tan servicial!

BLANCA.—¡Pero, señoras...! *(Todas le vuelven la espalda con desprecio.)*

GASTÓN.—¡Qué suerte tienen algunos bávaros!

MULLER.—¿Pero a qué vienen esa complacencia y esa alegría?

ABATE.—Es que suponemos, señor coronel, que estamos libres.

MULLER.—¡Pues están ustedes en un error!

TODOS.—*(Aterrados.)* ¿Cómo en un error?

MULLER.—Esta señorita, esa niña y ese buen hombre pueden marchar cuando quieran. Ustedes, no.

ABATE.—¿Pero cómo...?

MULLER.—Nada; que antes quería que se queda-

ra ella y se fueran ustedes, y ahora quiero que se queden ustedes y que se vaya ella. Un sencillo cambio de opinión.

SUSANA.—*(Aparte, al Abate.)* ¿Le habré gustado yo?

ABATE.—*(La mira de arriba abajo.)* ¡Imposible!

BLANCA.—*(Aparte.)* Perdóneles usted, coronel.

MULLER.—*(Idem.)* Merecían un susto de unas horas; pero, en fin...

SEÑOR RENARD.—*(Saliendo.)* ¿Nos vamos?...

ABATE.—No, señor.

MULLER.—Sí, señor...; pero antes voy a decirle a usted una cosa. Se la digo a usted porque quiero decirla muy alto para que la oigan todos.

SEÑOR RENARD.—Usted dirá.

MULLER.—*(Muy fuerte.)* No es con el desprecio, sino con el amor y con la ternura, como se puede hacer bueno a quien no lo sea.

SEÑOR RENARD.—Eso es un poco cursi.

MULLER.—Pero es bastante cierto... No lo olviden y vayan con Dios. Adiós, señorita; hasta más ver. *(Le besa la mano.)* Adiós, señores; buen viaje a todos.

ABATE.—¡Viva el coronel!

TODOS.—¡Viva! *(Fuerte en la orquesta y telón.)*

FIN DE
«LA ESTRELLA DE OLIMPIA»